

CUADRADO

CUA DRA DO

Panita,
esta es
mi historia

Juan Guillermo
Cuadrado
& Jeins Durán



Vuelo azul

CUA DRA DO」

Panita,
esta es
mi historia

Juan Guillermo
Cuadrado
& Jeins Durán



Vuelo azul
Editorial

CUADRADO

Panita, esta es mi historia

©2021, Juan Guillermo Cuadrado · Jeins Durán

©2021, *Vuelo azul* Editorial

Medellín, Colombia

www.editorialvueloazul.com

Primera edición en Colombia: Mayo, 2021

Edición: David Macías

Corrección ortotipográfica: Maria Camila Durán

©2021, Fotografía de cubierta: Foto de portada del archivo personal de Juan Guillermo Cuadrado con autorización de la Federación Colombiana de Fútbol.

©2021, Diseño de portada: David Romero

Diseño editorial: Melisa Giraldo

Vuelo azul Editorial apoya la protección de los derechos de autor. El copyright posibilita el desarrollo artístico y cultural, fomenta la producción literaria y vela por los derechos de los escritores. Por tales motivos, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Las fotografías que aparecen en el libro son cortesía del archivo personal de Juan Guillermo Cuadrado, o fueron cedidas por la Federación Colombiana de Fútbol.

Impreso en Colombia / ISBN: 978-958-53439-0-0

Al Señor Jesús, cuyo amor valiente ha inspirado mi travesía.

MI GRATITUD

Quiero agradecer a Dios por permitirme vivir una vida de película en la que, aunque yo no lo supiera, él ha estado siempre presente durante la grabación de cada escena; ahí, pendiente, protegiéndome, esperándome al final del rodaje cuando las luces del set se apagan.

A Marcela Bello, mi madre. Mientras ella trabajaba en las bananeras me levantó sobre sus hombros para que yo pudiera mirar hacia lo lejos, y ver un horizonte de colores mucho más allá de lo que las circunstancias le decían que podíamos mirar.

A Melissa Botero, mi amada esposa, y a mis hijos, Lucía y Lucas. Por ser, por estar, por creer, por esperar, por motivarme a contar esta historia y regalarme la tinta que necesitaban estas páginas.

A mi panita, el escritor Jeins Durán, quien me ayudó a convertir esta historia en palabras llenas de música y vida. Gracias por ponerle a esta obra ese sello de excelencia que Dios te ha dado.

Gracias a cada uno de mis familiares, amigos, compañeros e hinchas que han estado ahí, coreando alguna canción, haciéndome barra, orando por mí. Esta historia también es de todos ustedes.

Y a ti que lees hoy esta historia. Gracias por sentarte a mi lado y permitirme hablarte al oído mientras juntos via-

jamos a las entrañas de un sueño. Habrá algunos caminos pantanosos, y la lluvia sonará con fuerza sobre el techo, pero ten por seguro una cosa... siempre habrá un mar cerca para cuando decidas nadar. Panita, esta es mi historia.



Ella regresó por mí.

Una vez logró conseguir
un empleo con el que
pudiéramos subsistir
los dos, regresó para
llevarme a estar a su
lado en Apartadó.

PRIMERA PARTE

Allí, entre el
verdeamarillo de las
bananeras, estaba
esperándome el fútbol.

CAPÍTULO 1

Volar

El fútbol estaba ahí, impregnado en la brisa que llegaba del mar Caribe, como el sonido incesante de muchos corazones latiendo dentro de mí, saltando como los peces en el océano cuando quieren volar. El fútbol estaba ahí, por todos lados. Y yo lo conocí siendo muy niño.

Lo recuerdo bien, me veo en calzoncillos verdes corriendo en la playa por una cancha de arena blanca; siento un intenso calor bajo mis pies; no sé si es la arena o son mis deseos de jugar, corro de un lado a otro entre muchos niños. Una pelota roja plástica me busca, se pega a mis pies, los amiguitos tratan de quitármela, pero ella me sigue, avanzo en ropa interior bajo el sol de la tarde, las palmeras se niegan a doblegarse ante el viento y la pelota se niega a despegarse de mí. Y de repente todo se detiene. Un sonido desde el cielo nos obliga a mirar hacia arriba. Es un avión cruzando el azul infinito. Lo miro desde aquella playa en Necoclí, el único rincón del mundo que conozco, y una pregunta aterrizó en mi mente: ¿Qué se sentirá volar?

El juego termina, me pongo una camiseta y una pantaloneta y sigo corriendo rumbo a casa. La pelota roja y yo levantamos el polvo de la carretera que me lleva a unas cuerdas de la playa. Los rayos del sol caen con fuerza sobre un techo de zinc, y debajo está la casa de adobe sin revocar, gris, áspera, hermosa. Es mi casa, bueno, la casa de mi abuela.

Entro, no hace tanto calor como afuera, pero sigue haciendo calor, paso corriendo por el piso en tierra que une la pequeña sala, donde está el televisor rojo y negro de perillas, con las dos habitaciones y la cocina de la casa; un aroma hace que me detenga. Y ahí está ella, mi mamá, quizá en lo mejor de su juventud, cocinando algo para las más de diez personas que allí vivíamos.

Ella me recibe con una sonrisa y un pedazo de plátano frito. Doy un par de pasos más y salgo al patio trasero de la casa, tomo un poco del agua almacenada en el tanque de cemento que algún día hizo el abuelo, y miro la espesa vegetación y la maleza que están detrás de casa; los sonidos de grillos y chicharras me anuncian que se acerca la noche. La pelota roja sigue ahí, justo debajo de mi pie derecho.

Seis de la mañana, la luz del sol se cuele por entre las hendijas de la ventana de madera sin pintar y con ella viene el rumor de las olas del mar. La abuela me llama, es hora de levantarse, salgo de la habitación hacia el patio trasero. En fila india, junto a unos cuatro primos espero mi turno. Uno a uno la abuela va subiendo a cada nieto al lavadero, saca agua con una totuma y nos baña con un jabón azul; luego me envuelve en una toalla y, para que no me ensucie, me pasa cargado para un mesón donde nos vestimos entre juegos y burlas de niños. A dos pasos estaba la cocina, desde allí llegaba el aroma a plátano mientras se fritía. Algunas veces también llegaba el olor a queso.

Necoclí era todo lo que en mi niñez hubiera podido desear. Playa, río, ciénagas, bosques, manglares y parajes exóticos que quedaban tan cerca como ir a la escuela. Un pequeño rincón en el Urabá antioqueño con no más de

veinte cuadras llenas de la alegría del Caribe. Un pedazo de tierra que huele a mar, y que se ilumina con la blanca sonrisa de mi gente. Y justo en el centro del pueblo, un inmenso lugar donde todo corría, menos el tiempo.

El recorrido hasta ese lugar está marcado en mi mente: salgo de casa con la pelota roja, tengo puesta una pantaloneta blanca, supongo que heredada de algún primo más grande que yo, avanzo un par de cuadras descalzo por entre casas de tablas y patios con palos de mango; la pelota roja se pinta de polvo al rodar por la carretera destapada, es como si ella me llevara hacia allá, hacia un lugar donde se acaba la estrechez, donde no hay paredes ni techo de zinc, donde no falta nada. Siento el cielo abierto sobre ella, azul a más no poder, algunos dicen que es una cancha de fútbol llamada “La Batea”, yo insistía en que era un aeropuerto, al fin y al cabo, cada vez que ponía un pie sobre ella, para mí era la sensación más cercana a volar.

Marcela Bello, mi mamá, me tuvo a sus 19 años, sus cosas con papá nunca funcionaron. Hay una imagen borrosa en mi mente sobre la primera vez que nos separamos: camino de su mano por una carretera, sé que a lo lejos está el mar, aunque unas casas no me dejan verlo, atrás está la casa de la abuela y más atrás solo sé que hay vegetación espesa; avanzamos hacia la playa. Aparece mi abuela y mamá se monta en un bus, pero yo no. El bus sale, levanta una polvareda que oscurece aún más este recuerdo. Pasarían muchos años para que yo comprendiera que, o ella salía de casa, o todos aguantaríamos hambre.

Ella tuvo que partir hacia Apartadó, un municipio a un par de horas en bus donde había mayores posibilidades

de conseguir empleo. Y lo logró, preparando sándwiches, perros calientes y hamburguesas en el puesto callejero de alguien más junto a un lugar conocido como “La empacadora”. Desde entonces cada quince días viajaría a Necoclí para convertir los frutos de su trabajo en ropa, alimentos o lo que estuviera a su alcance haciendo enormes esfuerzos para que a mí no me faltara nada.

De mi papá solo tengo un recuerdo. Solo uno. La sala de la casa de mi abuela es el escenario. Yo monto una pequeña bicicleta roja. Doy vueltas en ella justo en el centro del lugar, hay un par de muebles de tela azul desgastada a los que esquivo entre pedaleos, y él está ahí. Apenas y recuerdo su físico, pero sé que es él por esa sensación de amor paterno que me une a su existencia. Además, porque la bicicleta roja fue su regalo. En este recuerdo avanzo hacia él, pero no logro abrazarlo. Por más que he buscado en mis memorias nunca pude encontrar otro recuerdo de él. Murió lejos de casa, víctima de la violencia que azotó al país por esa época, era 1992. Su nombre era Guillermo Cuadrado. Yo tenía 4 años.

Pero el fútbol estaba ahí, en la cancha en pleno corazón de Necoclí, en la playa, debajo de los palos de mango y contra alguna pared de tabla de la casa de un amigo. Yo no tenía ni idea de lo que en realidad se siente volar, pero en mi interior había algo, no sé si es un deseo o una obsesión, pero quería jugar fútbol, quería divertirme... quería volar.

* * * * *

Había otras voladas... las de la escuela. Después de que la abuela nos organizaba y nos daba algo de comer, mis

primos y yo salíamos para la escuela vestidos de camisa blanca de manga corta y cuello tieso, un blue jean y zapatos o tenis negros. Pero a veces entraba y de alguna forma me las arreglaba para volarme de clase y terminar por ahí en algún potrero jugando un intenso partido, cinco contra cinco de Colombia contra Inglaterra, con dos o tres vacas de espectadores.

Todavía no sé cómo, pero un día mi abuela se dio cuenta de mis voladitas y cuando llegué a mediodía buscando mi arroz apastelado, ella me miró con una sonrisa que no me gustó mucho, y me dijo que me iba a presentar a “Matiamoreno, la que saca lo malo y mete lo bueno”. Matiamoreno resultó ser una matica de escobilla con la que me dio una pela sabrosa. Hasta ahí llegaron mis travesuras... bueno, por esa semana.

Creo que las canas de mi abuela empezaron a aparecerle justo en mi infancia, o mejor, debido a mi infancia. Debo reconocer que me costaba demasiado quedarme quieto; que era muy “birrioso” decían mis amigos, porque quería vivir jugando fútbol a toda hora. Pero no todo podía ser juego, y a la abuela le tocó la dura tarea de explicarme esa parte de la vida. Marcela Guerrero, mi abuela, hace honor a su apellido, vendía comidas en la plaza de mercado, y así levantó hijos y nietos por decenas con una sonrisa que aún hoy en día rebosa de amor y generosidad. Además de su sonrisa, creo que no hay hijo ni nieto suyo que no recuerde una buena charla con “Matiamoreno”.

Un día se metió la guerrilla al pueblo. No tengo el recuerdo muy claro, pero sabía que era algo grave por la mirada de todos en casa y por el silencio extraño que se apodera del momento cuando las cosas malas pasan. No

sabía qué estaba ocurriendo afuera, pero adentro todos corrían a esconderse debajo de la cama, menos mi abuela, que estaba en la cocina conmigo tratando de llevarme al escondite. Pero yo me negaba, tenía hambre.

—Abuela, dame mi arroz apastelado —le decía—. Escuché algunas detonaciones. —Abuela, dame mi arroz— insistí en un tono de niño más serio. Al final la abuela sonrió, raspó la olla negra que estaba sobre el fogón de leña y puso arroz en mi plato plástico. Ahora sí, feliz y contento me dirigí con ella a esconderme debajo de la cama, el mismo lugar donde se supone que uno sueña.

* * * * *

Mamá regresó un día soleado. Y esta vez no era como cada fin de semana en los que tenía que devolverse sola. Ella regresó por mí. Una vez logró conseguir un empleo con el que pudiéramos subsistir los dos, regresó para llevarme a estar a su lado en Apartadó. Allí, entre el verdeamarillo de las bananeras, a mis diez años, estaba esperándome el fútbol.

Hay cierta imagen en mi mente. Mamá y yo estamos en una chiva amarilla y roja que se dispone a salir de Necoclí. Yo llevo una maletica con algo de ropa y zapatos; ella lleva una maleta rectangular de tela negra sobre sus piernas con todo lo que tenemos. La chiva está casi llena, yo miro hacia afuera desde la ventana sin vidrio y veo a mi abuela de pie junto a la carretera al lado de un par de primos. Creo que la nostalgia de todo lo vivido con ellos alcanzó a golpearme, pero la dicha inmensa de estar al fin junto a mamá no dejaba espacio para la tristeza. La abuela pronuncia un par de bendiciones en las

que trata de expresar los mejores deseos de una madre por sus hijos. Me despido de todo lo que había conocido con una sonrisa y los amplios movimientos de mis manos. Y la chiva arranca.

El vehículo avanza bordeando las playas donde tanto jugué. Miro el mar y me pregunto cuándo volveré a celebrar un gol corriendo a lanzarme en clavado a lo profundo de su calidez. El horizonte azul comienza a cambiar por verde y el sonido del mar va quedando atrás. Lo siento cada vez más lejos, como si fuera un coro de miles de voces que cantan alegres, pero van acallándose, perdiéndose entre la espesura de unos cultivos de plátano, hasta que desaparecen.

—Mi amor, con este nuevo trabajo todo va a ser diferente. —Me dijo mamá mientras nos adentrábamos más y más entre cultivos. Yo no sabía con exactitud de qué se trataba, pero la forma en que ella me lo dijo reflejaba su esperanza en un futuro con mejores oportunidades. Tiempo después supe que su alegría se originaba en el hecho de haber conseguido un puesto de trabajo en una finca bananera haciendo labores manuales como desflorar, lavar y empacar banano. Pero más allá de eso, lo importante era que al fin tenía un empleo con un sueldo fijo. Y eso lo cambiaba todo.

Nos fuimos hablando y riéndonos como dos jóvenes aventureros que salían a conquistar el mundo. Ella trataba de explicarme cómo hacía sus labores en aquella finca bananera y yo le contaba sobre el gol de chilena que había hecho en el último clásico con mis amigos de la escuela. El viento fresco de Apartadó entraba como oleadas de esperanza en aquella chiva, y un par de horas después, la plaza de esa ciudad nos vio llegar con aquel par de ma-

letas cargadas de ilusiones. Éramos dos, una joven mujer que ahora tenía un puesto de trabajo fijo y un niño al que, por un instinto incontenible, le gustaba patear balones. Éramos dos. Ese fue mi primer equipo.

Panita, gracias por sentarte a mi lado y permitirme hablarte al oído mientras juntos viajamos a las entrañas de un sueño. Espero que puedas sentir la arena bajo tus pies, el susurro de las bananeras, el sonido de la lluvia cuando pega con ganas de romper el techo de zinc, los cánticos de miles de voces que hacen estremecer estadios, la risa, el llanto, el sonido que deja el balón en el aire justo antes de entrar en el arco, y el suspiro que conecta el alma de millones de personas en el instante de gritar ¡Gol!

Ah, se me olvidaba... quizá hasta nos ríamos mientras le metemos un poco de baile a la vida. Y quizá también nos enfrentemos algunas veces al miedo, y descubramos juntos cómo se hace cuando el mundo te dice “no”, pero tú has determinado conseguir un “sí”, porque sabes que sabes que por tus venas corre fuerza, pasión y mucha fe, y que, si toca gambetear al mundo entero... pues lo gambeteamos. Panita, esta es mi historia.

Juan Guillermo Cuadrado


Vuelo azul
Editorial

